

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Nú-
mero suelto, 10 céntimos. Atrasado, 25. Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

DESAHOGOS PUERILES

¿Qué cartas estoy recibiendo estos días!

Y lo que me hacen reír!

En una me dicen que todo cuanto escri-
bo va encaminado a ayudar a la monar-
quía.

En otra, que lo hago por envidia, por no
haber logrado ser más que un mal perio-
dista.

En otra, que estoy rabioso por no haber
me dado resultado los sellos y que ataco a
los jefes porque no quisieron quedarse con
los que les mandé.

En otra, que tengo de los republicanos
una opinión depresiva, y que el pueblo me
hará pagar caro algún día los insultos que
le dirijo (Esta carta viene firmada: Un fe-
deral).

En otra, se me pregunta con cierta sorna,
y en estilo que acusa un hombre avezado
a manejar bien la pluma, que cuáles son
mis servicios a la causa republicana, y qué
he hecho en ningún terreno.

En otra...

¡Pero a qué proseguir, si todas, en sín-
tesis, vienen a demostrar que en el partido
republicano hay mucho desdichado y mu-
cho idólatra todavía!

Como todas las cartas son anónimas, pues
la que no viene sin firma, viene autorizada
por nombre vulgar y apellido patronímico,
sin señas de domicilio ni otra indicación
que facilite la captura del criminal, claro
es que no debiera ocuparme de ellas; pero
como me dan pretexto para contestar a los
que hayan pensado lo mismo sin atreverse
a escribirme, aprovecharé la ocasión.

LA CLAVE DE MI CONDUCTA

¿Que si me he propuesto ayudar a la mo-
narquía?—Sí, contesto rotundamente. El
hombre que tiene, como yo, el valor de sus
convicciones, no debe ocultar la verdad,
aunque le perjudique. Soy republicano,

pero antes soy hombre; y, como hombre, yo
no puedo ver sin horror la guerra despiada-
mente cruel que los jefes vienen ha-
ciendo sin tregua ni descanso a la restaura-
ción, un día sublevando una ciudad, otro
comprometiendo un cuerpo de ejército, otro
levantando partidas en diferentes puntos...

en sus cátedras, formando discípulos que,
al regresar a sus hogares, imitan las haza-
ñas de sus maestros; en el Congreso, acor-
ralando y destruyendo las huestes monár-
quicas, sin que pase acto reaccionario sin
protesta, proyecto de ley sin obstrucción,
ilegalidad sin censura... ora levantándose
terribles a impedir la guerra de Cuba; ora
excitando a las madres de hijos sin 6.000
reales a que no los dejen partir; cuando,
después del desastre, exigiendo tremendas
responsabilidades para sus autores; cuando,
llegando hasta la sesión permanente
para impedir la aprobación de presupuestos
ruinosos; ya pidiendo enérgicamente la ex-
pulsión de las órdenes religiosas; ya la de
los jesuitas; y, como resultado de todo esto,
el pueblo aguardándoles a las puertas del
Congreso para vitorearlos y glorificarlos, la
Guardia civil todas las tardes en las calles,
las tropas encerradas en los cuarteles, el
gobernador sin descansar, el ministro de la
Guerra sin dormir... ¡Es horrible, es horri-
ble!

¿Y en provincias? En ésta un mitin, don-
de la voz arrebatadora de esos hombres
levanta al público de tal modo, que se lan-
za a la calle dando vivas y mueras y gitan-
do: «¡a las armas!» En aquella, una ma-
nifestación con cualquier pretexto, que di-
vierte a sablazos la fuerza pública, y en la
que ellos admiran al pueblo por su indoma-
ble entereza. En la de más allá, reuniones
secretas que vuelven loco al gobierno, quien
nunca se entera sino cuando ya se han ve-
rificado, y que mantienen viva la agitación.

▲ lo mejor, noticias vagas de que, con el
importe de un empréstito abierto en el ex-
tranjero con sus firmas, esos hombres han
comprado cien mil fusiles con sus corres-
pondientes municiones. Uno de los jefes
que sale para las repúblicas americanas en
demanda de auxilio; otro que conferencia
en París con los políticos que se preocupan
de las alianzas internacionales... ¡Es horri-
ble, es horrible!

Y por si todo esto fuese poco todavía, ar-
tículos incendiarios en el gran periódico
órgano del partido, que llevan a los rinco-
nes más apartados corrientes de fe y de en-
tusiasmo; y folletos en que se ponen al des-
cubierto las inmundicias del régimen mo-
nárquico, exaltando los ánimos y prepa-
rándolos para la revolución... ¡Es horrible,
es horrible!

Y siendo todo esto verdad, ¿por qué ex-
trañarse de que yo, no precisamente por
ayudar a la monarquía, sino por deberes de
humanidad, haya procurado frenar un
poco los vuelos de esos revolucionarios
incansables, que no han dejado respirar ni
un momento a los pobres monárquicos
desde el día siguiente al golpe de Sagunto?

Buena es la oposición constante; deber

en todos el combatir rudamente al enemi-
go. Pero, no tanto ya; no tanto por los cla-
vos de Cristo, Señor Nuestro!

Y si esto merece censuras, si esto es un
crimen de lesa república, ¡qué! sobre
mi la maldición de la historia, mas se-
guiré creyendo mientras viva, que se puede
combatir a los monárquicos sin llegar a los
inconcebibles extremos a que han llegado
nuestros feroces jefes.

Por esto se impone la necesidad de que
vengan a la dirección otros más templados,
menos batalladores, no tan esclavos del
cumplimiento estricto de su deber.

LO QUE YO ENVIDIO

El que me llama envidioso, ese me cono-
ce bien. Lo soy, sí; pero en grado tan alto,
que excluye hasta la presunción de que
podría sentir envidia en el aspecto políti-
co (único en que las juzgo) de ninguna de
nuestras eminencias.

Sí, yo tengo envidia a ciertos hombres;
a todos los que han prestado a la patria
grandes servicios, o que se han distinguido
por su talento o su carácter. La envidia de
aquel Kios Rosas, lanzando apóstrofes va-
lientes en la Cámara con motivo de la dra-
gonada del 10 de Abril; de aquel Rivero,
combatiendo a los que se oponían a que la
revolución de Septiembre tomase rumbos
exclusivamente democráticos; de aquel Cas-
telar, por el hecho concreto de jugarse la
popularidad mayor de España para impe-
dir el triunfo del carlismo...

Igual que la tengo de cuantos han atrave-
sado y atraviesan el desierto de la reacción
sin desmayar en sus convicciones, traba-
jando, sufriendo; los unos sin esperanza ya;
los otros con las mismas ilusiones que el
73; luchando a brazo partido con la nece-
sidad del día, ahogando la tentación,
despreciando al éxito, y orgullosos de no
tender la mano hacia la copa que les alar-
ga la inconsecuencia, estando muertos de
sed.

A estos admiro, a estos envidio, sintién-
dome orgulloso de haber procurado imitar-
los.

¡Pero a los que ataco! ¡Bah! A esos no
los envidio. Me estimó en mucho para en-
vidiar sus actos; actos de que no me enva-
necería si yo los ejecutase.

MÓVILES OCULTOS

¿Que combatí a los jefes porque me de-
volvieron las 500 pesetas en sellos que les
envié? Por eso es, efectivamente. Y lo pue-
ba el que yo, que nunca he habido atado,
aproveché la ocasión. La ira me cegó y de-
linqué. ¡Dichoso el hombre que puede sus-
traerse a sus pasiones! Yo no soy de esos.

¡Perdón, perdón, queridos correligionarios
que me censuráis!

Y ahora que se toca esta cuestión, diré
algo que no deja de venir a cuento.

Al enviar a aquellos señores el rollito
con los sellos, creí hacerles un favor. Hasta
para rehabilitarse en la opinión les podía
haber servido el aceptarlos. Han sido y
son tan insistentes las afirmaciones de que
nunca han respondido al ser solicitados
para sacrificios de este género, en la medi-
da a que su cargo les obligaba, que debie-
ron haberme dado las gracias por propor-
cionarles pretexto para desmentirlas. Nuan-
ca por menos dinero pudieron hacer nego-
cio más redondo. ¡Que yo salgo adelante
con mi empresa! A ellos se debería prin-
cipalmente, por haberme facilitado los medios
de realizarla. ¡Que fracasó! Pues quedaba
yo convicto de incapacidad notoria, de am-
bicioso sin condiciones, de revolucionario
de aguachirle, y hasta se podía, con una po-
quita de buena intención, haber hecho co-
rrer mansamente la voz de que todo había
obedecido al deseo, o a la necesidad, de
proporcionarles unas pesetillas... Se han dado
algunos casos de estos; ¡por qué no había
de darse otro, y ser yo el autor! Claro es
que yo me hubiera sacudido bien las pul-
gas. Pero no nos engañemos; estas cosas
perjudican siempre.

¡Torpes, muy torpes fueran! Mejor dicho,
muy cándidos. Les presenté una bonita
ocasión de disculpar sus pasadas deficien-
cias, y no supieron aprovecharla. Si la apa-
rición del fantasma terrible de las 500 pe-
setas no turba su entendimiento, habrían
razonado así: «Esta es una verdadera gan-
ga. Por 500 pesetas nos libramos de que
vuelva a decirnos que no hacemos nada,
ni ayudamos a nadie. Y si, a pesar de esto,
alguien lo repitiera, le responderíamos:
«No tiene usted razón. Siempre que un co-
rreligionario ha demandado de nosotros al-
gún sacrificio encaminado a traer la Repú-
blica, lo hemos atendido. Que se lo pregun-
te a Nakens.» Y yo no hubiera tenido otro
remedio que confirmarlo. Esto aparte de
que me habría incapacitado para censurar-
los en adelante porque no hacían nada, si,
como era posible, hubiera salido yo con las
manos en la cabeza en aquello que me
proponía... Podían ahora decirme: «Nada
hacemos; es verdad; pero ¿qué ha hecho
usted? Le proporcionamos los medios, y
quedó a nuestra altura.» Y yo habría teni-
do que enmudecer. ¡Mientras que ahora!

Ahora puedo hablar alto, y sostener que
yo, yo solito, habría realizado más que to-
dos ellos en 26 años. Lo creo así (modestias
a un lado) pero aun cuando no lo cre-
yera ¡quién pudiera probarme que mentía!

COMPARACIONES

¿Que mi opinión sobre algunos republi-
canos es depresiva? Lo es. Y no precisa-

mente por lo que han hecho; pero por lo que
han dejado de hacer. No obstante, me haría
de decir de ellos nada parecido a esto que
el señor Pi les dijo en su folleto: «La Repú-
blica de 1873:

«Por cada hombre leal, he encontrado
diez traidores; por cada hombre agradeci-
do, cien ingratos; por cada hombre desin-
teresado y patriota, ciento que se buscaban
en la política sino la satisfacción de sus
apetitos.»

Tampoco pondría al señor Salmerón
como él lo puso, o consintió que lo pusie-
ran en *El Reformista*, periódico federal de
Madrid, en aquel célebre artículo, titulado
El hombre hueco. Verdad es que Salmerón
lo había puesto a él, o consintió que lo
pusieran como no digan disparen su pe-
riódico *La República*, en un artículo, céle-
bre también, titulado *El privilegiado*. Que
en tales cosas se entretenían en 73, mien-
tras España se deshacía y la República se
evaporaba, los hombres que estaban a su
frente; los mismos que hoy se burlan de
que alguien los discuta.

MÉRITOS Y SERVICIOS

¿Que cuáles son los méritos y servicios
revolucionarios hablando (si por tal se en-
tende el andar a tiros) mi hoja de servicios
está en blanco todavía; y aun cuando me son-
reje un poco el confesarlo, añado que hasta
hace pocos años no perdí mi virginidad
conspiradora.

(Y al llegar aquí, permítanme que abra
un paréntesis para balbucear ruborizado,
que desde el punto y hora en que me la
birlaron, muchos terribles revolucionarios
inéditos se creyeron con derecho a hacer
moralmente conmigo lo que se hace mate-
rialmente con las señoras que han perdido
aquel dulce obstáculo que no logró ver en
su vida el buen Queredo, por más que lo
deseara, así como tampoco echarle la vista
en cima a los diablos.)

Ahora, si por revolucionario se toma al
que combate sin tregua la injusticia y tra-
baja para que los de abajo se den cuenta
perfecta de su situación, los anima para
que salgan de ella, o los fastiga porque no
lo hacen, entonces, sí, algo he hecho; lo
basta para rogar al caballero que haya
hecho más que yo desde la restauración,
que se presente a recibir mis homenajes.

Mas por esto, porque no he hecho todo
lo que estaba obligado a hacer, jamás he
pretendido cargo, puesto, ni preeminencia
entre mis correligionarios. No quiero estar
por un prestigio que no merezco, como tan-
tos lo han hecho, y lo hacen, y lo harán.

Y he concluido por hoy de echar mar-
garitas a puercos.

Jugar por tabla

El Correo ha interpretado mal lo que dije
en el número anterior. Yo no pedí el licen-
ciamiento de los prohombres del republica-
nismo por viejos, sino porque no cumplen la
misión que les está encomendada.

Que dónde están los jóvenes o los hom-
bres nuevos que pudieran reemplazar con
ventaja a los señores Pi, Salmerón, Fernan-
do González, Azcárate, Mago y algunos
otros? Ni lo sé ni me importa. De lo que yo
trato, es de que esos señores que no sirven
ni aun para levantar el digno espíritu de
los republicanos, dejen de ocupar los puestos
que monopolizan. ¿Quiénes los reemplacen?

Que, además de no hacer nada, no están
impidiendo que se abran camino hombres
nuevos? La autoridad e influencia que ejer-
cen desde los primeros puestos, cierran in-
dudablemente fecundas iniciativas.

Que los elegidos para sustituirlos tam-
poco resultan? Se nombran otros. Y si con
éstos ocurre lo mismo, venga la disolución. La
generación nueva, libre de prejuicios, se en-
cargará de proseguir la labor. Por lo demás,
opino como *El Correo* en todo que nadie
podría reemplazar con ventaja a esos seño-
res... pero es en el perturbador poco a la monar-
quía.

Dois misiones tenían; éra y la de unir,
fortalecer y preparar para la lucha al partido.
La primera no la han cumplido; respecto
a la segunda, hablo por mi situación deplo-
rable en que el republicanismo está. Has-
ta los monárquicos se indignan de tanta pa-
sividad, de tanto acomodamiento con el me-
dio ambiente. Y se explica. A nadie le satis-
face triunfar de enemigos débiles.

Que si *El País* dirige ahora todas sus
esperanzas hacia Romero Robledo, que es
viejo también? ¿Y qué tengo yo que ver con
eso? Soy de los pocos que combaten abier-
tamente esa tendencia. Y a propósito. Nin-
gún cargo más abrumador que éste podría
hacerse a nuestros hombres. ¿Cuán torpe-
mente no habrán obrado, que han hecho posi-
ble el absurdo de que se crea una esperanza para
muchos republicanos en el señor Romero Ro-
bledo!

Que para gobernar se necesita observa-
ción, experiencia, madurez? Perfectamente.
Mas ¿qué tiene que ver toda de eso con lo
que estamos tratando? ¿Que yo proponga
que esos hombres dejen la oposición, de
dirigir al partido, por que no hacen lo que
deberían significar acaso que les negara ap-
titudes para gobernar? ¿Que yo quisiera
que se tratase? Precisamente por esto, por-
que no habría medio de gobernar nunca por
el camino que van, es por lo que pido su
sustitución.

Esto lo ve claro todo el mundo, y *El Co-
rreo* también, de la misma manera que yo
veo que el simpático colega ha aprovechado
la ocasión para disparar, apuntándose a mí,
contra los de su partido que piden la jubila-
ción de Sagasta. Es táctica corriente en po-
lítica, pero que ya a nadie engaña.

OBJECCIONES

QUE SE ME HACEN

Si yo me creyera infalible, cantarí misa
y procuraría ser Papa. No siéndolo, busco y
apetezco la discusión.

Con motivo de mi artículo *¡A... puent!*
me han visitado algunos correligionarios; la
mayoría para manifestarme su conformidad
con cuanto he dicho; otros para discrepar en
algo; algunos en todo.

Repetiré por escrito lo que he contestado
a ellos de palabra.

¿Que los jefes no pueden hacer lo que
desean, por encontrarse con que el pue-
blo de hoy no es el pueblo de ayer?

Conformes en que el pueblo carece hoy
de entusiasmo, piensa con el estómago,
es ignorante, vende por una copa de vino
el voto. Le han hecho creer que la políti-
ca no le da nada; y se embrutece y se
degrada cada día más. Así es. No dis-
cutamos. Nadie le ha echado en cara su
caída con más frecuencia y más dureza
que yo. Tampoco nadie lo ha expoleado
más para que se incorpore.

Y confesado esto, bien puedo pregun-
tar: ¿Quién tiene la culpa de que haya
perdido la fe? Los que en los 26 años
últimos nada han hecho por merecer su
confianza; los que en todos los tonos le
han dicho que él nada puede sin el Ejér-
cito; los que se han dedicado a compro-
meter generales sin mando; los que se
creían conspiradores terribles el día que
saludaban, por turno, a un Salamauca,
un López Domínguez, un Borrero, un
Salcedo, o conferenciaban con un Wey-
ler; los que, despreciando la fuerza que
a su lado tenían, iban a buscarla entre
coroneles retirados o jefes en reempla-
zo perpetuo. Unase a esto el que sólo
se han cuidado de cultivar al pueblo los
quince o veinte días antes de cada elec-
ción de diputados a Cortes, y dígame
si no son ellos los principales causantes
de que esté el pueblo como está.

Por que ahora estaba el pueblo del
54, 56 y 66, y, sin embargo, se batió
en Madrid heroicamente. ¿Por qué? Por-
que los hombres en quienes confiaba se
llamaban Rivero, Becerra, Carlos Rubio,
Sixto Cámara, Madoz, etc.; y cuando
llegaba el momento de hacer algo, se
confundían con él; y en la hora del peli-
gro, se ponían a su frente; y juntos iban
a las cárceles, o salían para el destierro,
como marchaban en la misma cuerda pa-
ra las Filipinas o Fernando Póo; mien-
tras que desde la restauración acá, todos
los hombres de alguna autoridad, abso-
lutamente todos, hasta aquel que adoptó
la actitud más revolucionaria, han evi-
tado cuidadosamente el ponerse en con-
tacto con el pueblo en los momentos de-
cisivos.

Por esto, y aun reconociendo que el
pueblo no es como debiera, me guardaré
bien de asegurar que no responde quan-
do se lo llama. ¿Que hombre de verda-
dera autoridad lo ha llamado, ponién-
dose a su frente, desde el año 1875?

¿Que sacrificio se le ha exigido, colocán-
dole antes en condiciones de que pudiera
prestarlo, y ha dado un ¡no! por respos-
ta? Podrá mañana no responder quizás;
pero hasta que ese caso llegue, nadie
tiene derecho a decir que no responderá.

¿Que mal podrán hacer otros hombres
de menos talento, menos prestigio y me-
nos autoridad, lo que no han hecho los
jefes actuales?

Lo niego en absoluto; para lo que de-
bemos resolver, no son precisas condi-
ciones excepcionales: la voluntad, la
energía y el valor suplen con ventaja
esas cualidades. Por otra parte ¿para qué
sirven el talento que no se aplica, el
prestigio que no se utiliza y la autori-
dad que no se impone? Hubieran esos
señores aplicado su autoridad, su pre-
stigio y su talento a traer la República,
y no habría llegado el caso de decirlos:
«¡O haced lo que debéis, o fuera de aquí!»

Y no hablémos del éxito: éste depen-
de a veces de circunstancias ajenas a la
voluntad. Pudieran esos hombres no ha-
ber triunfado, y tener hoy un nombre y
una autoridad indiscutibles. Pero no ha-
ber hecho nada y pretender que se les
considere como si lo hubieran intenta-
do todo, esto es contrasentido que, si ha-
podido aceptarse hasta ahora, en ade-
lante no lo será.

Si ellos se empeñan en quedarse, por
suponer que el partido perecerá si no

están a su frente; y si hay republica-
nos que piensan lo mismo y contribuyen
a que las cosas sigan como están, re-
nuenciamos al nombre de demócratas y
a no salir de la triste situación en que
nos hallamos. Si ellos son los únicos que
pueden hacer algo entre nosotros, y
nada han hecho en 26 años, fuerza será
reconocer que el partido republicano es
impotente en absoluto. ¿Nada pueda ha-
cer sin ellos, y ellos no hacen nada?

¿Pues qué nos resta entonces? ¿Aguardar
resignados a que vayan desapareciendo,
y enterrar con el último la democracia,
la esperanza, todo lo que aún nos sos-
tiene y anima? Pero como esto no puede
ser, porque la idea republicana no ha de
morir...

¿Que el partido perderá autoridad e
influencia si ellos no están a su frente?

Claro que las perderá, si esos señores
se apartaran de él porque no los mante-
nía en los primeros puestos; pero como
ocurrirá lo contrario, esto es, que se in-
teresarán más por el partido a medida
que el partido menos les exija, hasta por
este lado ganaremos.

Lo dije en el número anterior, y lo
repeto:

Yo tengo de los hombres que están
todavía al frente del partido republicano
mejor idea que ellos mismos tienen; ellos
suponen que su influencia mermará en
el momento que dejen los cargos que
hoy desempeñan, y yo que esa influen-
cia será mayor y más legítima; mayor,
porque todos la aceptaremos sin discu-
tirla; no pudiendo entonces atribuir sus
actos a móviles personales, serán juz-
gados sin apasionamientos; y más legí-
tima, porque emanará de su talento, de
su valer, de lo que les es propio, no de
un cargo que depende de una votación
de unos cuantos republicanos reunidos
en asamblea. Si; yo sostengo que lo se-
rán todo, desde el instante que no mues-
tren empeño en serlo. Lo que como
mandato puede rechazarse, aceptase con
reconocimiento en forma de advertencia
o consejo.

¿Que si yo no sé que en cierta ocasión
acudieron los jefes al partido con deter-
minada petición, y que no respondió el
partido?

¡Vaya si lo sé! Pero de esto habría mu-
cho que hablar, y yo no quiero ni debo
hacerlo. La mayoría de las cuestiones
quedan resueltas al plantearlas, y aque-
lla se planteó muy mal. Comenzaron
por no dar ejemplo de abnegación los
que a ello estaban primeramente obliga-
dos, y concluyeron por no hacer inter-
venir absolutamente para nada a la equi-
dad en el asunto.

Pero demos de barato que lo hicieron
todo muy bien, y que el pueblo no re-
spondió. ¿Cómo, después de aquel desaire
tan marcado, continuaron dirigiéndole?

¿Por qué no se retiraron, en silencio, si
la índole del asunto o los momentos en
que se planteó lo exigían; ruidosamente,
si su dignidad se lo aconsejaba? ¿Que
razones pudieron obligarlos a permane-
cer en sus puestos, una vez convencidos
de que no inspiraban confianza a sus re-
presentados? ¿Se puede estar al frente
de quienes no secundan los propósitos
de aquellos en quienes depositaron su
confianza?

Los que tal argumento me hacen, an-
tes ofenden que ensalzan a las personas
que tratan de defender.

¿Que yo tengo empeño en que esos
hombres se vayan, para demostrar la
razón con que vengo combatiéndolos
desde hace tantos años?

Esto no es verdad. Nunca las cues-
tiones de amor propio influyeron para
nada en mis actos. Quiero que se vayan,
porque no obran como deben e impiden
que otros pudieran tomar iniciativas pro-
vechosas. Varían de conducta, y el pri-
mero y más fuerte aplauso que reci-
birán será el mío. Mi mayor satisfacción
en política consistiría en equivocarme.
Lo he repetido muchas veces.

Si; ahora mismo quisiera yo verme
desmentido en todas mis afirmaciones;
que los hombres a quienes pretendo arro-
jar de la dirección del partido me con-
tradijeran con sus actos; que me vieses
obligado a enmudecer y a confesar mi
equivocación, lo que lealmente y con
mucho gusto haría.

Y conste que no se necesitaría para
ello que éste saliera de Madrid a sublevar
una plaza fuerte, ni aquí se pusiera al
frente de una partida republicana en las
montañas de Cataluña, en Despeñape-
rros, o cualquier otro sitio a propósito;
no; me contentaría con que celebrasen
un acto de *concordia* verdad, recorrieran
inmediatamente y sin aparato de nin-

guna clase toda España, tomasen datos, concertasen fuerzas, recabasen recursos, y a la vuelta obrasen con arreglo a las impresiones que trajeran. El plan no puede ser más sencillo, ni la ejecución menos arriesgada.

Advertiéndoles que si yo me engaño, y las impresiones que ellos trajeren no fueran las que supongo, todo lo que contra ellos he dicho lo arrojaría, aumentado, sobre la cabeza del pueblo republicano, único y verdadero culpable entonces.

A desmentirme, pues.

EN QUÉ HEMOS PERDIDO EL TIEMPO

—¿Sabe usted? Ruiz Zorrilla tiene preparado un movimiento para el mes que viene. Y ahora sí que va de veras! El gobierno francés le facilita todo el dinero que le hace falta, y cuenta con veinte regimientos. El general... (al oído) se pone al frente. Y hay entonces más, seis con mando. Pero no se lo diga usted a nadie. Tales y tales poblaciones se alzarán en un mismo día. Para tal punto ha salido ya Fulano, aquel que estuvo en Despeñaperros. Zutano se pondrá al frente de una partida en... Tres fragatas levantarán el grito en Cádiz. De esta no escapa. Ya está constituida la junta revolucionaria que ha de asumir todos los poderes en el momento que la revolución triunfe. Reserva, mucha reserva, y dígame usted a sus amigos que están preparados.

—Ha ido un emisario de parte de Pi a entenderse con Zorrilla... Lleva poderes amplios... ¡Oh, lo que es ahora!... Zorrilla ha dicho mil veces que pone su firma en blanco. Luego, coyer y cantar.

—Salmerón y Pi y Zorrilla se han entendido... ¡Oh! La coalición está hecha! ¡Llor a esos varones insignes! Lo no quedan tres meses de vida a la monarquía! ¡Sursum corda! ¡Arriba los corazones!

—¿Que se ha roto la coalición? ¡Por quién! ¡Por Pi! Siempre lo dije. Ese jesuita no quiere la revolución. Pero maldita la falta que nos hace. Más vale estar solos que mal acompañados.

—Esos progresistas son unos traidores. No olvidan que han sido monárquicos. No se puede ir con ellos ni a coger monedas de cinco duros. Ha hecho bien nuestro jefe en romper la coalición.

—¿Se necesita descaro para manifestarse dolorosamente sorprendido por un movimiento que habían preparado? ¡Oh! Si llega a triunfar, ya habrían sabido aprovecharse de él los filósofos. Hay que romper del todo con esa gente.

Señor don Francisco Pi y Margall.—Reciba nuestro aplauso más entusiasta por el notable discurso pronunciado en... y el saludo de los que le consideran el hombre más grande, más ilustre, más digno y más honrado de la democracia y de la República.—*Signen las firmas.*

Señor don Manuel Ruiz y Zorrilla.—Su último Manifiesto se ha clavado en el corazón de la monarquía. Así hablan los hombres de valor y de convicciones. Ayer celebramos una velada en honor de usted. ¡Adelante, adelante, adelante!—*Signen las firmas.*

Señor don Nicolás Salmerón.—El partido que se envanece con tener por jefe a un hombre de su incomparable talento y de sus virtudes cívicas, es el llamado a regenerar a España. Reciba usted nuestra felicitación por el elocuentísimo, profundísimo y hermosísimo discurso que pronunció en el meeting de...—*Signen las firmas.*

Fracasó el movimiento. Un alférez que llevaba la clave nos ha vendido al gobierno. ¡Traidor!... ¡Miserable!... Le aseguro que el día que vengamos... Pero no crea usted que se ha perdido nada. Aparte de que han relevado algunas guarniciones y que han dejado de reemplazar a varios jefes y oficiales, todo continúa lo mismo. En lugar de este mes, será el que viene o el otro. Oasi vamos ganando, porque para entonces ya habrá terminado la recolección. Conviénase usted; no hay hombre como don Manuel para estas cosas. ¡Si los demás jefes fueran como él!... Pero ¡ah! no tienen más que envidias y malas pasiones. ¡Ese Pi!... ¡Ese Salmerón!... Y no sabemos del traidor de Oastelar.

—Debiendo procederse a la renovación del comité republicano progresista de... —Se convoca para mañana a los federales pactistas de esta localidad para...

—La junta directiva del partido centralista ha acordado que...

—En el círculo republicano de la calle de... se celebrará mañana una velada en honor de... Se obsequiará a los concurrentes con un lunch, se leerán poesías, se rifarán ramos de flores, y la distinguida pianista doña... hija de nuestro querido coreligionario don... tocará varias piezas escogidas...

—Los socios del comité tal se servirán concurrir a la reunión que ha de verificarse el domingo próximo para proceder al nombramiento de la junta directiva...

—Se suplica a todos los republicanos que concurran mañana a las diez y media a la estación de... para recibir al señor don...

La llegada del señor Salmerón a este punto revistió los caracteres de las grandes solemnidades. Diez mil republicanos lo

aclamaron desde la estación a su casa. Sea bien venido el hombre integerrimo, el incomparable filósofo, la gloria de España...

—«Nunca hemos presenciado espectáculo más grandioso e imponente que el de la entrada del señor Pi en esta población. Veinte mil republicanos le esperaban alborozados. Tardó tres horas en poder llegar al hotel que sus amigos le habían preparado. Cuando se asomó al balcón aquello fué un delirio, un frenesí. Su discurso hirió de muerte a la caduca institución monárquica. ¡Viva la República!»

—«Ha superado al de otros años el número de tarjetas, telegramas y cartas recibidas por nuestro ilustre jefe don Manuel Ruiz Zorrilla, el día de sus cumpleaños. Todas las clases sociales han rivalizado en adhesión y cariño hacia su elevada persona. Honrémonos teniendo por jefe al hombre excepcional del que España entera aguarda su salvación.»

—¿La República unitaria es la continuación de la monarquía?

—La federal es el derrumbamiento de la patria.

—La lucha legal traerá la República, según el insigne Salmerón!

—No vendrá sino por la revolución, según el ilustre Zorrilla!

—El honrado don Francisco opina que puede venir por uno ó por otro medio, y que puede bien no venir por ninguno.

—El ilustre don Nicolás Salmerón, honra de España, preza de la República...

—El egregio don Manuel Ruiz Zorrilla, patriota, enérgico, y revolucionario...

—El eminente hombre público don Francisco Pi y Margall, espejo de honrados, pozo de ciencia...

—¡Ohist! Venga usted acá. ¿Sabe usted lo que acaba de decir Fulano en el casino, en público y con la mayor reserva? Que se ha sublevado un brigadier en... que el gobierno lo ignora, y que él se ha enterado por la vía extranjera. Y debe ser verdad, porque es de los buenos é intimos de don Manuel. ¡Una brigada! ¡El punto de la media! ¡Por ahí se va! También asegura que se han levantado partidas en... ¡Cuando yo decía que don Manuel era el único hombre...! Pero, calle usted, que aquí se acerca Zutano, y como corren voces de que es de la policía...

—¿Aquí el único hombre que hay es Pi? —No diga usted eso. ¡Donde está Ruiz Zorrilla!

—¿Ninguno de ellos vale lo que Salmerón!

—Zorrilla tiene la culpa de que no se entiendan, por su carácter autoritario y absorbente.

—Parece mentira que diga usted eso, sabiendo que Pi rompe las coaliciones cuando existen y las pide cuando las ha roto.

—El obstáculo mayor es Salmerón, que es revolucionario y no lo es, que quiere la unión y no la quiere, que es federal y no es federal, y que se ha colocado en medio de ambos partidos para merodear en ambos.

—Ayer recibí carta de don Manuel. ¡Siempre el mismo! Me dice que si todos fueran tan patriotas como yo, la República estaría ya establecida.

—Voy a escribirle a don Francisco para que me diga a quién debo obedecer; si a Fulano ó a Mengano. Ambos se titulan jefes del partido en esta región, y yo, la verdad, quiero ponerme al lado del verdadero.

—Don Nicolás me ordena que nombre un comité; y como no hay en el pueblo más centralistas que yo, no sé cómo arreglarme. Voy a ponerle dos letras para que me diga cómo me las compongo.

COMITÉ REPUBLICANO PROGRESISTA DE...

Presidente honorario:

Don Manuel Ruiz Zorrilla.

COMITÉ FEDERAL PACTISTA DE...

Presidente honorario:

Don Francisco Pi y Margall.

COMITÉ REPUBLICANO CENTRALISTA DE...

Presidente honorario:

Don Nicolás Salmerón y Alonso.

Y así, en estos dimes y diretes, en estas alabanzas y en estos vituperios, en estas esperanzas mentidas y en esta idolatría antidemocrática, hemos pasado diecisiete años, hablando por boca de esos tres hombres y esperando sus iniciativas; andando cuando nos han impulsado, parándonos cuando han querido; destruyéndonos por coarcar sus odios, servir sus ambiciones ó satisfacer sus vanidades; resignados hasta el servilismo, pacientes hasta la vergüenza; no esperando nada de nosotros mismos y todo de ellos; callando por falsas disciplinas; cerrando los ojos para no ver, los oídos para no oír; anulando la memoria para no recordar, el entendimiento para no discernir y la voluntad para no movernos; esperando que el maná caiga de arriba en vez de cultivar el fruto abajo; que la siembra democrática fructifique con las lluvias del cielo, en lugar de aprovechar para el riego los manantiales de la tierra; sintiendo deseos de rebelarnos, pero temiendo quedarnos solos; sirviendo de mofa y chacota a los monárquicos; empujando las masas hacia el socialismo y el anarquismo; emborachándonos de palabras; echando las campanas a vuelo por hechos insignificantes; prodigando los elogios sin ton ni son; protestando airados cuando alguien ha censurado a nuestro ídolo respectivo y callando cuando ha combatido nuestras ideas; fijando a la monarquía plazos risibles; haciendo de cada programa una panacea salvadora

é infalible; procurando retener a los que se han rendido de la vida activa cansados y sonrojados de estas luchas miserables; porque lo importante, lo único digno, lo único honrado ha sido convertirnos en lebreles para lanzarnos furiosos contra todos y cada uno que haya dudado de la infalibilidad de nuestros respectivos don Francisco, don Nicolás ó don Manuel.

Cuando algún republicano, desengañado ó convencido, ha dudado siquiera de la infalibilidad de esos tres señores, los lebreles de sus jaurías se han lanzado sobre él; y con el insulto grosero, la injuria cobarde, la retención innoble, la calumnia asquerosa le han demostrado que la democracia consiste únicamente en prestar acatamiento ciego y servil a los hombres que nos han mantenido en... mantienen enervados; que aquí los jefes no se hacen como los pretorianos hacían los emperadores, se sostienen por el mismo procedimiento; y que estamos condenados a perpetuo Zorrilla, a eterno Salmerón, a inacabable Pi. Se inició una coalición... todos para todo, y comenzaron a hacer. Una guerra sorda y rastreara por medio de sus lacayos; y cuando después de suprimirles mucho, de palabra y por escrito, se atrasen en ella, y de no recibir más que desprecios, alguien, ¡yo!, protestó contra aquella mala fe y aquella falta de patriotismo, dijeron que se negaban a pactarla porque se les había atacado. Los infelices, llenos de candidez y de rectas intenciones! El único que la aceptó abrió un paréntesis más tarde, y porque el iniciador de la coalición hizo constar que él la mantenía íntegra, vuelta a las palabras, a los odios, a las suposiciones infundadas, y en peligro de jefaturas que nadie atacaba... sospechar ambiciones en hombres que... tienen una: contribuir a la salvación de la patria.

Y siendo esto así y no de otro modo, ¿hay todavía quien me pregunta qué quiero y a dónde voy? ¿Qué he de querer, sino que esto acabe; que nos unamos los de abajo, ya que no quieren hacerlo los de arriba? ¿Que a dónde voy? A la dignidad, de que andamos muy apartados; a la democracia, que ya no conocemos; a inspirar confianza al país, que duda de nosotros.

De qué se trata, en suma? ¡de apoderarnos de la nación, ó de salvarla! ¡de presentarle como oro de ley el doblón que arrojarla en brazos de hombres incapaces! ¡de prepararle otro 73! ¡de fingir una concordia que no existe, para caer sobre ella y hacerla después campo de batalla de nuestras discordias! No. Luchemos hoy, que no arriesgamos la suerte del país, ni creamos cantones, ni damos armas al carlismo; luchemos hoy, que no contribuímos a la indisciplina del ejército, ni aniquilamos las fuerzas del Estado; que algo más patriótico es hacerlo de este modo, que no frente al enemigo, como hicieron esos prohombres que quieren ostentar sus estatuas de barro sobre pedestales formados con nuestra independencia y nuestra dignidad.

Nuestra actitud podrá preparar al pueblo para un 2 de Mayo contra la monarquía, pero no hacerle sufrir las vergüenzas de un 3 de Enero.

José NAKENS

El que creyere que había yo escrito ahora el artículo anterior, se equivocaría. Lo publiqué en EL MOTIN correspondiente al 7 de Mayo de 1892.

Y hoy lo reproduzco, por ser de tanta actualidad como entonces, y para que se vea que no es nuevo en mí el deseo de que acaben las farsas republicanas.

Todos en el secreto

¿Se quieren pruebas de que a los mismos monárquicos les duele ver la apatía de nuestros hombres? Allí va lo que dijo EL NACIONAL en un artículo titulado *Disolución*, el día que se publicó el Manifiesto:

«Hoy ha salido a luz el manifiesto de la Unión republicana. Los republicanos viven ya sólo para ese inocente fin de unirse, desunirse y explicar las paces y las rupturas con manifiestos.

El de ahora lleva firmas muy merecedoras de respeto, pero que no alentarán a la opinión. Podían suscribirlo Juan y Manuea. Es una reproducción de los tópicos que hace treinta años propagaban por las aldeas Roque Barcia y Fernando Garrido; y sus autores empiezan por decir que han tenido en conserva el documento inofensivo todo el tiempo de la suspensión de garantías.

¡Valiente arresto el de estos hombres de acción que se asustan de su obra, más amena que atrevida! Ni la suspensión de garantías fué general ni, aun siéndolo, ha impedido nunca tal medida que los revolucionarios hablaran en todas las ocasiones y por todos los medios lo que se les antojase. ¿Qué harían estos enemigos del régimen si tocaran a fusilar!

El NACIONAL no es republicano, y ninguna idea política le contrariarían los que así se conducen. Tomamos nota del caso, porque es un ejemplo más de la enseñanza desconocida que ofrecen los partidos a la Nación: tanta miseria de inteligencia y voluntad en los que la dirigen, como en todos los que aspiran a gobernarla.»

Los que creían que era un secreto para todos el que los hombres importantes del partido republicano faltaban a su deber, hasta que lo he dicho yo por la vez millonésima, pueden, si gustan, modificar su opinión después de leer esos renglones.

Y por si no les bastare, lean estos de EL Correo Militar:

«EL MOTIN, en un extenso y enérgico artículo, pide que los hombres que se encuentran a la cabeza de la Unión republicana hagan algo serio ó se vayan de una vez a sus casas.

—Pero ¿qué quiere usted que hagan? —Una algarada, una intentona, algo que produzca ruido.

—Eso no es serio.

—Tiene usted razón. Aquí lo serio para los jefes republicanos es cobrar tranquilamente sus cesantías de ex ministros y obtener sin esfuerzo aclamación de representantes del país.

—¿Qué decepción!

—No se afija usted... En cambio hacen un papel tristísimo.

—¡Oñá!

—Servir de corifeos al Gobierno.»

Y por si les pareciera poco aún, regodéense con estos de Gedeón:

«Dice Nakens que los prohombres republicanos deben hacer algo serio ó irse a sus casas.

¿Y le parece a Nakens que esos señores no hacen nada serio?

—Pues, hombre, si casi todos cobran del presupuesto!»

Que la opinión de los contrarios no debe tomarse en cuenta? Según. Cuando nos atacan por realizar actos que les perjudican, no debe tomarse; al revés; deben servirnos de acicate sus ataques. Pero cuando se burlan de nosotros por lo que dejamos de hacer, siendo así que esto redunde en beneficio suyo, hay que tener su opinión muy en cuenta.

Oírse llamar pillos, criminales, después de un movimiento fracasado, honra; oírse calificar de cobardes, faltos de inteligencia y voluntad y acomodaticios con el medio ambiente, esto... tiene más autoridad todavía en boca de los enemigos, por la sencilla razón de que a ellos les conviene que seamos así.

Y VA DE CUENTO

Cuanto que hubo un tiempo en que no se podía vivir en el cielo; trastornos, algaradas, motines... Este era el pan nuestro de cada día.

Hechas las investigaciones necesarias, averiguose que los bienaventurados procedentes de España promovían aquellos llos.

Indignado el Altísimo, llamó a capítulo a San Pedro, le increpó por haber facilitado la entrada a gente levantisca, y le ordenó que desterrase a todos los españoles a las Marianas celestiales, prohibiéndole terminantemente la admisión de nuevos paisanos de Romero Robledo.

Cumplió San Pedro la orden al pie de la letra, y poco a poco renació en el cielo la calma, pudiendo dedicarse sossegadamente cada elegido a sus negocios ó a la satisfacción de sus goces.

Pasado algún tiempo, y cuando ya nadie se acordaba de lo ocurrido, volvieron a notarse los síntomas vagos que preceden a todos los trastornos, yendo de hora en hora la intranquilidad en aumento. San Pedro, seguro de que no había traspasado los umbrales de su portería ningún español, telegrafió a las Marianas, y le contestaron que tampoco ninguno se había evadido de allí.

Esto no obstante, la vida en el cielo se hacía otra vez imposible. Escándalos, jaleos, riñas... A lo mejor se veían por los suelos veinte ó treinta nimbos, desprendidos de las cabezas ó coscorrón limpio.

Nueva llamada del Eterno a Pedro, nuevas órdenes de Pedro a la policía, y nuevas pesquisas de la policía por todos los rincones donde se vendía manzanilla, se murmuraba del gobierno y se tocaba la guitarra... Todo en vano. La policía interrogó a los santos más bullangueros, a las santas más entrometidas, y a los ángeles y serafines que, chicos al fin, todo lo husmean y todo lo charlan. Pero, nada; ninguno había visto ni un español siquiera.

Cuando ya San Pedro, creyéndose fracasado, iba por dignidad a presentar la dimisión, se le presentó Benito Labre, rascándose ferozmente, y le dijo:

—Se me ha ocurrido un medio infalible para convencernos de si hay ó no algún español en el cielo.

—Hable usted—le contestó San Pedro, apartándose prudentemente al ver que Benito se daba en el pecho una tarascada de mayor cuantía.

—Consiste sencillamente en que (nuevo embite en el sobaco izquierdo) coja usted un trapo cualquiera... ¿Quiere usted mi hábito?

—¡Oh, no, gracias—exclamó San Pedro retrocediendo aterrado...—Ahí tengo una túnica vieja y... Pero acabe usted de explicarme...

—Pues coje usted la túnica, la desplega, se abre de piernas, y grita lo más alto que le sea posible: «¡Eh, toro!... ¡Echalo pa acá!... ¡Quietito to er mundo!... ¡Lárgale un capote!... y como haya un español en el cielo, crea usted que se presentará en el acto,

No había acabado de hablar, cuando ya estaba San Pedro en suerte, gritando: «¡Eh, toro!... ¡Echalo pa acá!... Y sin darle tiempo para acabar la lección, apareció como por encanto un bienaventurado, cuarteándose al andar, y gritando más alto aun: «¡Eh, compare!... ¿Onde está er bicho?»

Al ver lo que ocurre actualmente en España, y que el pueblo calla a todo, y que parece muerto, y de la peor de las muertes, la indiferencia, llevo a desconfiar de nuestra salvación. Pero esta desconfianza me dura poco, pues pienso en que si un día alguien acierta a lanzar el grito que el pueblo desea oír, este sufrido, este indiferente, este muerto, imitará al español que en el cielo se ocultaba y que se presentó en el instante mismo que oyó gritar: «¡Eh, toro!»

¿Cuál será ese grito? ¿Quién lo dará? Esto es lo único que ignoro. Lo que sé ciertamente es que el pueblo en masa responderá al grito.

A LA REPÚBLICA O SÁLVESE EL QUE PUEDA

El partido republicano debe cambiar pronto y muy radicalmente en su manera de ser y género de vida actual, si conserva sus aspiraciones de regeneración con un cambio de régimen.

Que de diecisiete millones de españoles nos titulamos republicanos once por lo menos, y que estamos gobernados por una tercera parte que no lo son, pero que tampoco sienten otro amor por la monarquía que las ventajas y otros privilegios alcanzados a su sombra, resulta para todo político de buena fe un engaño ridículo que debe desaparecer.

O no hay jefes de suficiente abnegación y prestigio, con los necesarios conocimientos estratégicos para recoger las dispersas huestes y reorganizar con ellas el gran ejército de la República, ó no hay opinión bastante para empujar batallas con probabilidades de éxito.

Si los jefes de valía existen, lo cual nosotros afirmamos con el más profundo convencimiento, busquen al pueblo y despiértelo del letargo en que yace desde la fatídica fecha de la restauración, tocando su sensibilidad patriótica como hace un buen general al frente de sus divisiones momentos antes de comenzar la lucha; pero si su quietismo é impasibilidad ante las desdichas nacionales son hijos de la convicción de que realmente el pueblo carece de voluntad, manifestéstenlo así los que tienen suficiente autoridad para ello, a fin de que los pobres de espíritu se retiren a sus hogares a llorar derrotas de batallas que no llegaron a reñirse, y los más decididos, los más entusiastas, los más viriles, los que no quieren rendirse sin lucha, buscando por doquier un Vara de Rey, que se vayan decididamente al socialismo, donde, si sucumben, podrán legar a sus hijos timbres gloriosos de honrados y consecuentes patriotas, que al fin y al cabo, es mucho más meritorio perecer en defensa de una causa que se estima por justa, que del amororramiento producido por el opio del indiferentismo.

EL CLAMOR de Castellón.

Rediríendose a los republicanos, dice Progreso, de Lerroux:

«El amor a las ideas está limitado por el amor a la vida animal, como si fuera vida humana esta odiosa transigencia con el medio, este egoísmo bestial en que nos revolcamos, conforme cada cual con su miseria moral y material. Ya no hay ni entre los de arriba ni entre los de abajo iniciativas salvadoras ni arrestos desesperados.

Parece inútil pensar en una acción colectiva, porque el personalismo ha producido el atomismo, éste la indiferencia, ésta la disociación de fuerzas, y ya no queda aquí más que los elementos de un gran partido, disgregados, débiles, incapaces de integrar en todo armónico, una fuerza social activa y efectiva.

Empañase algunos, con generoso ó censurable esfuerzo, según el propósito, en mantener la ilusión de que existen partidos republicanos. Es mentira. De todas las entidades políticas militantes se han preocupado los poderes públicos, menos de la republicana, y eso que la carlista no es ni siquiera una momia, ni siquiera un esqueleto.

Existen organizaciones aisladas, que merezcan nombre de tales, en algunas poblaciones, donde el prestigio personal de un republicano ó algún interés local muy secundario les presta calor y vida, pero qué hacen, dónde están, qué dicen siquiera, los organismos directivos?

El caciquismo republicano y el centralismo, á menos expuesto a confusiones, la centralización de poderes, ha educado á gran parte de los republicanos en una política viciosa y enervante.

La inercia de arriba ha determinado, por esas causas, la inercia de abajo. Y detrás de la inercia ha venido la disolución. No ha tenido el pueblo, para mantenerse asociado bajo la sombra de las banderas republicanas, ni la esperanza del triunfo, ni la confianza en su propia fuerza, ni el amor a los ideales; porque en los tiempos que vivimos no puede el pueblo lanzarse a la lucha para derribar el trono de un rey y levantar el trono de una república; porque pasaron, para no volver, los pronunciamientos militares, y ya no hay soldados, sino industriales vestidos de uniforme; porque la fuerza pública ya no se subleva, temerosa de la revolución; porque la revolución espanta a los que abusaron de su nombre y laregonaron como medio de acaparar el poder en reemplazo de los acaparadores actuales, sin reparar en que no puede someterse toda una nación á tan tremenda crisis para fines tan mezquinos.

No disfracemos la verdad. Hemos fracasado todos, todos: los llamados legalistas y los llamados revolucionarios. Los unos porque no han conseguido nada en el Parlamento; los otros porque no hemos hecho la revolución.»

Cátedras y catedráticos

DON JOSE CAMPILLO

(DEL DOCTORADO DE FILOSOFÍA Y LETRAS)

¡Oh Campillo! ¡Oh Campillo! ¡Oh Campillo!
autor de chascarrillos de almanaque;
aún hoy me asusto y panto de tu jeta,
que otra peor no la hay en el planeta!

Ante todo no debe confundirse al precitado señor con el Campillo retórico, perdido no há mucho, para desgracia de las musas, de la enseñanza y del ingenio patrio.

El popular preceptista era un hombre de mérito indiscutible, de buena te pedagógica y autor de un manual de literatura de indudable valor, mientras que nuestro Campillo de hoy

¡oh sarcasmo del fado!
el que nos ha quedado

no es autor de nada, ó por lo menos, de nada bueno. Y en cuanto á ingenio tiene el mismo de un canto rodado (pero muy rodado), ó si se quiere de un pedernal sin chispas; y pongo estos ejemplos, tal vez no muy gráficos, pero que

convienen en verdad á un catedrático que, creyéndose atroz y epigramático, no pasa de la clase y el confín de un respetable trozo de adoquín.

Además de las razones citadas y de otras que me callo, tampoco puede confundirse con nadie, sobre todo, *viéndole*, aunque no sea más de una vez. No existe *jeta* en España é islas adyacentes de peor catadura que la suya. Campillo, Ortí y Lara, el semitista Codera y don Lázaro Bardon han formado época y mella en la historia de las siluetas docentes, cada uno por su estilo.

Nuestro catedrático es de aquellos dómínes medio-eválicos chocchos que, mientras Fröbel y Pestalozzi predicaban sus reformas por el resto afortunado del orbe, él estaba aún (porque debe ser eterno) en el pareado célebre

cada maestrillo
tiene su librito.

El es maestrillo, y como tal ritualista, dogmático, aunque por no ser ni aún en esto completo... sin *librito*. Los dómínes pasados lo tenían siquiera; éste ni aun eso. No pudo escribirlo porque, según dicen, es hombre muerto para pensar ó trabajar por cuenta propia. Su cátedra es de *apuntes* taquigráficos y de otra clase de apuntes.

Y ¿sabes, lector, que tal vez tengas hijos, lo que representa esto de los apuntes en la Central? Pues en general un pretexto para que unos cuantos mercaderes descarados se exploten á mansalva, y en particular, tratándose de Campillo, unos cuantos pliegos de testablemente tirados, en los que se perpetúan todas las gracias sin ella del pobre señor, mediante veinte ó treinta pesetas que se os escapan del bolsillo. Es decir, una especie de *almanaque de la risa* cursi y caro, en el que suelen encontrarse entremescladas algunas vidas de filósofos antiguos. Cuando alguna vez aparece algo de fondo verdaderamente filosófico, es lo que dijeron Salinis y Scorbaci (¡hijos bien, alumnos del doctorado!) *Salinis* y de *Scorbaci* en su elemental tratado de *Historia de la filosofía*, que costará dos francos. Sólo que dichos señores ¡hablaban buen francés y además sabían lo que querían decir, y nuestro hombre les copia en mal castellano y sin saber lo que se dice. Como que tengo la seguridad que, ó Campillo aprende mal á Salinis, ó si le aprende bien se le olvida, ó no sabe francés por patriotismo.

Eso sí; en medio de todo, en esas lecciones de *mucha teoría*, cuando no hay biografía (léase *lata* y erudición cursi) por medio, es fiel; entonces repite sin poner una coma, ó sin ponerla bien por lo menos, todo lo que dijeron los citados señores de allende el Pirineo. De vez en cuando, gracia al canto de aquellas que se aullaban en la *pecera* de Fornos por suponerse las contemporáneas de Godoy, de Goya, ó de la *Malibran* por lo menos... Gracia que nuestro maestro coloca con la mayor tranquilidad y el peor gusto en boca de un Platon, de un Aristóteles ó de un Séneca. Su afán es que cada filósofo parezca un autor de género chico.

Así es que, ya porque esto no resulta, ya por el monótono y pesado sonsonete de sus monsergas filosóficas—dichas rumiando más que hablando—ó ya por verle tan feo, el hecho es que los pobres licenciados desertan paulatinamente de la clase y hasta los hay que abandonan la carrera para siempre. De donde resulta Campillo una especie de Rubicon que es necesario pasar. Pasándole á él, se puede pasar todo, incluso la peste (aunque sea bubónica) y más tarde... ¡oh! más tarde se pasan muchos disgustos, sobre todo si se toma en serio lo que se oyó al buen *magister*. Después de Campillo como algo se puede ser doctor, lo cual viene á ser un premio á la paciencia y la virtud—las *virtus* clásicas—y claro que el tal doctorado se refiere al plan de enseñanza antiguo; porque en cuanto al moderno, ni yo ni ministro García, ni la providencia omnisciente lo sabemos.

Una buena cualidad de Campillo:

Sabe él mismo que es una *lata docente*, que ni hay ni habrá quien le aguante *si se ama*; pues como si nada. El es *rico por su aza* (y malas lenguas dicen que presta con interés bastante *marcado* y de ahí sortijones, etc., etc., etc.) que es lo peor que puede ser un catedrático... y de filosofía.

Y á todo esto, ¿qué hay—se me dirá—de *Historia de la Filosofía*? ¿Qué ideas tiene el señor acerca de tal materia? ¿Qué es lo que explica de ella? Pues todo queda reducido á unas cuantas biografías mal narradas de unos cuantos filósofos del período clásico algunas noticias sobre Oriente que él ya trastocadas sin contar con que el taquí-

grafo—de ilustración siempre sospechosa—las trastoca después por completo, y que finalmente el alumno aprende de mala gana, si logra leerlas sin morirse de empacho ó sin suicidarse allí donde le coja tan depresiva lectura.

Y no intentéis estudiar historia de la filosofía en otra parte (y claro que si era *estudiar* tenía que ser en otra parte). Ritter, Tiberghien, Cousin, Hegel, todo está demás; porque ¡amigo lector! esas cosas que Campillo tiene empolladas en el Salinis no las perdonaría á su propio padre que fuese licenciado... ¡Y qué cosas dice de Platon y Aristóteles! ¡y qué manera de tratar á los estoicos, y á los gnósticos en particular! Para él, aparte de Santo Tomás, el resto de los filósofos no fueron sino desgraciados *pobrecitos* que no van á ninguna parte... filosófica, ni se acercaron un metro á las grandes verdades reveladas, las cuales nadie sino él conoce íntegramente. Todo lo que no sea esto, es *mística celestial*—frase que no se le cae de los labios en todo el curso, en compañía de otras tan cultas y educadoras como ella;—todo lo que no sea la *Suma*, libritos insignificantes; y todo lo que no sea libritos insignificantes, y todo lo que no sea Salinis (estudiado en secreto) pretensiones vanas... Y digo estudiado en secreto, porque el día que sea en público, puede quedarse el amigo Campillo en su casa los *dos meses* escasos que asiste á cátedra.

DOTT. ATIZZANDRO YESNA

Don José Surroca y Grau

El señor Surroca, que tenemos el honor de presentar al respetable público, no es el autor del tan celebrado específico contra la diabetes, como el señor Ortega del vino de peptonina nada tiene que ver con el profesor de Historia de España de la Universidad Central. Rectificación necesaria que nos permite poner á cada cual en su lugar. A los inventores les debe la humanidad doliente agradecimiento; á los profesores ¡ah! á los profesores...

El señor Surroca es catalán, pero catalán *codorniu* ¡Odorniu! Hermoso adjetivo calificativo que remito á los poetas, silentes con un cimiterio y que tiene diversos significados. Así, por ejemplo, refiriéndose al champagne y demás vinos generosos, significa *malos*; refiriéndose á un literato, *tonito*; refiriéndose á un músico, *vil rapso*; refiriéndose á Surroca significa... ¡dijimos *mejor catedrático*! Porque catedrático es y no de los malos.

Explica en la Central literatura general y española hace ya bastantes años. Misterio impenetrable éste. Yo presumía que un auxiliar, como lo es el señor Surroca, no podía regentar una cátedra sino con carácter provisional y en tanto que se anunciaba en turno de oposición, de ascenso, ó de traslado. Presunción vana; bajo la férula del señor Surroca han gemido y gemirán «veintidos generaciones, que pasaron y se acercan, cual fantásticas legiones etc».

En sus ratos de ocio, que deben ser los menos del año por lo que más tarde apuntaremos, se dedica á confeccionar, *digámoslo así*, unas Síntesis de literatura verdaderamente notables. Como que las copia de la obra del difunto Sánchez de Castro, sin duda por ser este procedimiento breve, sencillo y poco dado á equivocaciones. Lo que dirá el señor Grau: «¡si aplauden, bueno, me presentará en escena: si no, que lo desentierren».

Tiene una *posse* de seriedad bastante pronunciada. En esto y sin duda en otras cosas que yo no alcanzo, guarda bastante semejanza con esos *sabios* de orejas largas que de cuando en cuando vemos en los circos.

Una cualidad, que no sé si será digna de alabanza ó gaturperio, léase vituperio, y es la de ser el señor Surroca gran amigo de hacer favores, como la chica de Olatayud. Y porque sepas que sé chanzas tuyas, citaré un caso que recuerdo.

Examinábase el hijo de un general muy en boga por aquella sazón, y otro muchacho sin recomendación de ningún género—ni del género chico siquiera. El primero no dijo ni pío;—el señor Grau estuvo al quite, examinándose magistralmente por el individuo en cuestión. Llegó el segundo—que entre paréntesis sabía más que Surroca—é hizo un examen soberbio. Resultado: al primero, *sobresaliente*, al segundo, *aprobado*. Nadie se atreverá á dudar de la equidad que rige los actos todos del profesor de literatura general.

Dijimos que sus ratos de ocio serían los menos del año, porque á más de catedrático y de sinóptico, es grabador del Banco. En este concepto no nos atrevemos á discutirlo ni un momento. Hemos visto en la portada de la gramática del señor Gelabert un grabado suyo, que nos pareció hasta simbólico y enasi prerrefológico. Encima de la portada de una gramática sanscrita no está del todo mal el esquema de un cataláico, que es lo que á no dudar quiso representar el señor Surroca.

Hay quien dice de él bien como pedagogo. Nosotros nos atenemos á la etimología de la palabra, conductor de niños, y tampoco lo discutimos.

WIFREDO EL BELLOSO

CURSI Y RIDICULO

No hace aún mucho tiempo decíase por todas partes que era cursi y de mal gusto tocar las cuestiones religiosas, que ya había pasado la época de las supersticiones y fanatismos, que la ilustración general rechazaba la frailería y el jesuitismo y que no volverían á prevalecer los absurdos y el misticismo

EL MOTIN

que antiguamente fueron anexos á la preponderancia clerical que tuvo dominada y perturbada la conciencia de las gentes.

Así era lógico, esperar lo si el pueblo español hubiera seguido las corrientes del progreso moderno, educándose é ilustrándose, y si los gobiernos que aquí se han sucedido durante el período de la restauración y la regencia hubieran velado un poco por las libertades y el adelanto moral y material del país.

Pero han transcurrido años, unos cuantos hombres de buena voluntad han luchado hasta agotar sus fuerzas físicas y su inteligencia en la obra de desarraigar ideas absurdas de la conciencia pública, y al final hemos visto, á despecho de estos que creen un deber de humanidad combatir esas creencias, y de aquellos que proclamaban la idea de que era innecesario y ridículo hablar de la reacción religiosa, cómo ésta ha ido progresando hasta hacer de España el centro más importante de su dominio.

Y esto está á la vista, no tiene vuelta de hoja. En ningún pueblo de creencias católicas, cuyos gobiernos sostienen esas ideas como religión del Estado, se ha consentido á la Iglesia, al clero, á los frailes, á los jesuitas y á las demás órdenes religiosas que tomen el incremento que aquí. No se dejan embucar esos pueblos, mejor educados, tan fácilmente como el nuestro, ni los gobiernos toleran que la clerecía alta y baja, ni las órdenes monacales se inmiscuyan en funciones que no son de su incumbencia; no permiten que se multipliquen y extiendan en perjuicio de los intereses morales y materiales del país hasta el extremo de ser obstáculo al desarrollo de las industrias y el comercio, y rémora de toda civilización y adelanto.

Sólo en España se les ha reservado el lugar que en todas partes se les niega ó se les disputa; sólo en España se les ha consentido, por la incapacidad del pueblo y la mala política de los gobiernos, que hagan del país un feudo que explotan y dominan á su antojo por todos los medios; sólo aquí se les tolera todo; sólo aquí gozan de toda clase de privilegios, lesivos para la cultura y la vida económica nacional; sólo aquí han llegado hasta obtener la impunidad para sus excesos y delitos; sólo aquí las clases sociales elevadas les acatan por mogigatería hipócrita, y el pueblo por ignorancia y fanatismo se les somete como en los mejores tiempos, esos tiempos que se decía que no habían de volver, del predominio de la beatería y el misticismo.

Si esto han conseguido á pesar de la guerra que se les ha hecho, no obstante la propaganda activa é incansante que en favor del progreso moral y de la libertad de conciencia se ha venido haciendo desde la restauración monárquica que les ha protegido, ¿qué no hubiera sucedido si por todos se hubiese mirado este asunto con indiferencia? Este, este ha sido el verdadero error de los demócratas y liberales: la indiferencia y el desdén de los unos hacia las cuestiones de esta índole, y la mogigatería y estupidez de los otros que creen que la democracia y las ideas liberales son compatibles con tales creencias y prácticas religiosas.

Si el clamor y la oposición hacia ese avance reaccionario y obscurantista hubiera sido general y unánime desde su principio en todos los elementos liberales del país, quizá no hubiésemos llegado hasta el punto de ver á España, al finalizar este siglo de la ciencia y el progreso, explotada y subyugada por esta vergonzosa reacción teocrática, que la tiene convertida en el último, el más pobre, atrasado, inculto é incivil de los pueblos de Europa.

JOSÉ CINTORA

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

RESPUESTA

En el artículo que con el título *Ave-riguador* de EL MOTIN, inserté en el número 33, había esta pregunta:

1.ª ¿Hay en España periodista más oán-dido que don José Nakens, ni de más inocente sencillez? (Dígame lo de los sellos).

Voy á contestarla, diciendo:

Si es candidez pensar que debemos hacer algo;

Y viendo que nadie lo hace, tratar de hacerlo yo;

Y elegir un medio indirecto que permitiera á todos contribuir á la acción; Y dirigirme en primer término á los que por su importancia política están más obligados;

Y al encontrarme con que no respondían, acudir á los demás diciéndoles cuanto había ocurrido, para que decidieran con conocimiento de causa;

Y al convencerme del fracaso, advertirlos, para que ningún correligionario tomara sellos en adelante creyendo contribuir á un fin determinado;

Y al pedirme un republicano 500 pesetas en sellos, dejar de enviárselas, por que no podía ya aplicarla al objeto que me proponía;

Si esto es ser cándido, confieso que lo soy, y hasta me envanezco de serlo.

Ahora, después del fracaso, muchos amigos y correligionarios que antes callaron, me dicen de palabra ó por escrito:—«¡Pero si era de esperar! ¡Si lo veía un ciego!»—A lo cual contesto:—«No lo discuto. Pero esto sólo probará que yo, tachado de pesimista, soy el más creyente de los republicanos españoles, pues todos juzgan á los directores de nuestra política, aun cuando no tengan el valor de decirlo en público, peor que yo, y eso que no puedo alabarme de juzgarlos bien.

¿Que me equivoqué? ¡Ay! No será la última vez, tratándose de tentar vados hasta encontrar el que pueda permitirnos pasar á la otra orilla. Cuando yo me declare impotente ó vencido (que todo puede ocurrir), será porque me haya fracasado todo. No quiero quedarme con el remordimiento de haber dejado de tomar una iniciativa siquiera, por desconfiar de antemano del éxito.

No; yo sé que estamos mal, muy mal, y que así no podemos ir á ninguna parte; pero todavía creo que no se necesita ser un gran taumaturgo para hacer surgir el Lázaro republicano á la voz de «¡levántate y anda!» Si llego á convencerme de que no es así, obraré en consecuencia.

Claro es que á veces, y dejándome llevar de abrumadoras y tristes impresiones, fustigo á los correligionarios por su inacción y me dejo arrastrar por el pesimismo. Pero esto pasa pronto. Porque si no pasara, si yo creyera firmemente que estábamos muertos para siempre, me tendría á mis propios ojos por un farsante y un miserable dedicado á pasar moneda falsa, si continuara infundiéndolo á los demás esperanzas que ya no tenía.

Y á esto, á la creencia de que aún podemos incorporarnos, se debe el que yo piense constantemente en todo lo que pudiera hacernos volver de la catalepsia, que esto es lo que realmente padecemos.

CARTA SIN ASUNTO

El 27 de Septiembre del corriente año, y como á eso de las 8 de la noche, recibí en mi casa una tarjeta que decía: «Amigo mío: Me muero... me muero de tristeza, de asco y de hambre. Si quieres algo para el infinito, apresúrate á venir á esta pocilga donde agoniza tu affemo...» *Felix*.

Si voy á decir verdad, la tarjeta en cuestión no me afectó ni poco ni mucho. Aquella muerte era la resultante de aquella vida, y aquella vida hacía tiempo que pugna por acabarse.

Sin embargo, declararé que no pude sustraerme del todo á la costumbre de las consideraciones metafísico-porteriles sobre la muerte y sus arcanos, é hice instintivamente todas las que son del caso y aun algunas más, hijas sin duda de mis estudios sobre la materia y su fin.

Dentro de algunos momentos mi buen amigo Felix, poeta sufriente y simbolista, habría partido para la región que en su tarjeta me anunciaba, y convenía que yo llegara á su casa con tiempo suficiente para abrazarle y darle al mismo tiempo el encargo de que desde allí me escribiese sus impresiones en correcta prosa.

Así lo hizo, y ayer por la mañana me encontré sobre la mesa de noche la siguiente carta que transcribo.

Dice así:

«La Quimera 3 de Octubre de 1900.

Mi buen amigo: Antes de ayer y después de haber atravesado por las fantásticas regiones de lo *asul* llegué al *ultra gas*, sitio donde se bifurcan las carreteras de La Quimera y de Lo Positivo. Un guardacantón—lo mismo que en esas de la tierra—anuncia los kilómetros que hay á un sitio y á otro, y no quisiera recordar mal, pero me parece que la piedra monolítica rezaba 60 kilómetros al primero de esos pueblos y 20 al segundo. Yo vine al primero, según verás al comienzo de la carta, no sé por qué, aunque presumo que fatalmente. Vine negro hasta encontrar á un español.

El primero que me saludó fue Gustavo Adolfo Becquer, que traía una levita larga prendida con alfileres y una chistera como aquella que vendimos á un traperero en diez céntimos el día célebre del panecillo francés comido á medias. ¡Qué triste estaba Becquer! Me habló con desaliento de España y de sus hombres. Me enteró de la gente que aquí hay, eternos vencidos del deseo según él, y me pidió por último dos pesetas para comer estos días que le restan de expiación. También aquí se come.

Somos pocos, porque no obstante lo apacible del lugar—La Quimera es una vasta llanura, poblada de árboles eternamente en flor, en cuyas copas los pájaros ensayan sus más exquisitos cánticos—aquí sólo paran los impenitentes. He visto á Cervantes,—que se ocupa en escribir la tercera parte del Don Quijote. Creo que no gustará; fígrate que para uno de sus viajes á Zaragoza, aprovecha el hidalgo la rebaja de trenes, con motivo de las fiestas del Pilar. Además, Sancho está irresistible: se ha hecho cacique en Argamasilla y manda á las Cortes el Diputado que le conviene.

Galileo se entretiene en patear á un *balon* que representa el mundo. Colón vive de lo que le manda desde Lo Positivo el P. Marchena, y todos le llaman *panoli*. También acá hay su *caló*.

Baudelaire duerme en este momento una *melopea* padre á la sombra de un olmo cen-

tenario, y Paul Verlaine dice que en su corazón sigue lloviendo, como en la ciudad.

¿Cómo me río de aquellos entusiasmos nuestros por las ideas redentoras, y por los hombres mártires, y por lo intangible, lo inviolable y lo infalible!

No encontré á ninguno de los representantes de esas ideas, de esos martirios y de esas inviolabilidades. Sólo vi á los incomprendidos.

El alma se subió á los ojos, y pudo ver, sin ofuscarse, al resplandor de tan excelsa claridad. ¡Oh cuántas cosas te dijera si algunos secretos pudieran dejar de serlo!...

Empieza á amanecer; la lamparilla de que me serví durante la noche para escribirte esta carta, chisporrotea moribunda. En la línea indecisa del horizonte se dibujan las torres de dos grandes poblaciones, El Ensueño y La Utopía. Marcho hoy mismo á la primera, donde me acaban de decir que todo lo humano se funde en *la nada de las cosas*. Un abrazo medianífico de tu amigo, Felix.»

No comento. Hay cosas que pueden interpretarse según los paladares de cada cual.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

LOS TRES RANCHOS

Nació en la Inclusa, que puede ser madre de todos, tal vez porque no es madre de nadie.

Lo es de todos aquellos á quienes su madre ha de buscar madre; de aquellos afortunados, si hubieran de creerse las teorías de Platon y de Rousseau, que deben ser abandonados para ser los hijos, los hermanos de todo el mundo.

¡Pobrecitos! Si el movimiento de una cuna puede acelerar el latido de un corazón, creo que debe latir mejor por una pobre cuna de la Inclusa que por una maqueada de oro y de marfil. Unos ojitos inocentes se vuelven hacia el cielo como buscando sus hermanitos de allá arriba, ó buscando el pecho de la nodriza asalariada que se duerme, pues sólo las madres verdaderas se despiertan asustadas con el sollozo de los niños. ¡Y mueren tantos allí! La fatal guadaña es arma que mata á las tiernas criaturas tan sólo con su peso. Eso sí; hay niñas encargadas de su custodia—mientras las buenas madres descansan, para volver al otro día á sus tareas,—que se preguntan: «¿cuántos van?» Pero después todo lo hace la caridad oficial. Y hay una mortajilla blanca, y una corona blanca, y una cajita blanca también... y luego un coche. Pero el coche es negro. Es el furgón del cementerio, el coche de la muerte.

En fin, nació en la Inclusa ó se halló en la Inclusa, que todos nacemos donde nos hallamos, ó donde nos quieren dejar. La alimentación láctea oficial suele ser muy nutritiva, y se crió bien. Pero llegó un día en que hubo de dejar el hotel de la caridad de los niños para ir al de los pobres. Y fué al Hospicio. En el palacio de la caridad gubernativa, la Inclusa es la antesala del Hospicio. Un día se miró en un poco de vidrio, espejo bastante para el cuerpo, y luego se miró en el vidrio empañado de su memoria, espejo suficiente para el alma. Los niños, los juveniles de los asilos, suelen tener poco buenos los ojos, y él no vela si era fero ó guapo, como no vela los recuerdos de su infancia, ni siquiera la infancia de sus recuerdos... Pero, en fin, habla rancho, y yó-mió el rancho oficial. Y se nutrió, y creció, y se robusteció, y se puso guapo. A veces el rancho engorda y hermosea más que trufados pavos y dorados faisanes.

En el drama de los abandonados, el primer acto es en la Inclusa; el segundo, en el Hospicio; el tercero, en el cuartel. Es decir, que el cuartel tiene por antesala al Hospicio, como el Hospicio á la Inclusa. Y fué al cuartel.

Que representa la esclavitud para los libres y la libertad para los esclavos de los asilos benéficos. Para el representó la libertad, ni recuerdos de la nodriza asalariada, ni temores del inspector, que da más palos que lecciones; horas de salida, dos ranchos abundantes, un plus, unas sobras pagadas puntualmente, poder salir, poder fumar, poder hablar con los amigos, poder tener novia... ¡Tener novia! El idilio de los poemas ó el poema de los idilios. ¡Novia! ¡Cualquiera recuerda el balanceo de la cuna de la Inclusa, ni el esparto de los jergones del Hospicio!...

En la bendita casa donde «la caridad me recogió», no es de necesidad la separación de los dos sexos. Pero el pudor oficial es el más pudoroso de todos los pudores. Y luego, en la otra casa, no hay más unión que la de los artes, la de los oficios y gremios, que hace que los blancos recuerden á los negros, tan sólo porque tiene *capataces*. Pero la esclavitud acaba siempre. No hay cadenas que no se rompan, aunque sea para forjarse otras más duras. Y las cadenas del Hospicio se rompen casi siempre, á veces huyendo, como él huyó, para aceptar voluntariamente las cadenas del cuartel.

Y, aceptadas con novia, cadenas serán, pero al cabo y al fin, dulces cadenas. Por más que las cadenas del cuartel suelen tener un eslabón fino que no es muy dulce; el eslabón de la guerra. El sentó plaza y fué á la guerra. Es decir, fué porque le llevaban á la guerra á pesar cuando estaba en el Hospicio. ¿Qué importa á los hijos sin padre ir á la guerra ó á paseo?...

Pero la guerra impone duras privaciones. Se acaban los alegres paseos, y, á veces, hasta el rancho. Y el que está acostumbrado al rancho, renuncia difícilmente á él. El Estado protector cuida paternalmente á los seres abandonados, cuida de su lactancia y les da tres ranchos: el rancho del Hospicio, el rancho del cuartel y á veces el rancho del presidio. Y se acaban también las dulces conferencias con las novias. Hay el recurso de las cartas. Pero las cartas de los memorialistas son muy frías. Las de los campamentos tienen mucho fuego. No hay quien, teniendo novio, no haya pensado siquiera una vez en desertarse.

Y como el ejemplo, sobre todo el mal ejemplo, es contagioso, basta que uno más audaz ó más impaciente proponga la desertación, para que hallen buenos compañeros—la desgracia es el lazo que más une á los hombres—que corren la misma suerte, buena ó mala.—El era travieso y era enamorado, como generalmente lo son todos los que no han tenido el amor del hogar, que es el amor de los amores. Y un día, ó una noche, en que, después de librarse de una granizada de balas, dormían ó estaban acampados—si *acampar* es pernoctar en un campo de agua, en una verdadera laguna—pensó en la desertación; que el insomnio sugiere á veces los más atrevidos y también los más funestos pensamientos.

Al toque de diana, apenas apurada la primera copa de agnardiende de la arriscada cantinera, comunicó su pensamiento á algunos compañeros, tal vez incluseros, tal vez hospicianos, como El.

Y, es claro, su pensamiento halló eco. Todo pensamiento de libertad halla eco siempre.

Y en la acción de aquel día, aprovechando la mucha confusión, muy parecida a la dispersión que sobrevino, lograron desertar. ¿Quién iba a saber si estaban prisioneros? ¿Quién iba a certificar que habían muerto? Un traje de paisano y unos cuantos duros deberían bastar para salvarlos. Y hubo todo esto.

Pero la Guardia civil tiene un ojo perspicaz para conocer a los prófugos y a los desertores. Y al cabo y al fin son criminales. Y los conóce. Y por buenas posturas, pues no sé cómo probaron su extraviado de las filas, fueron enviados a Ceuta. El, pues, fué a comer el tercer rancho: el rancho del presidio.

Es claro que no todos los que se hallan en sus condiciones, no todos los seres abandonados, se fugan del Hospicio y se desertan del Ejército. Aunque los lleven a la guerra van a la guerra y siguen la guerra muchos miles de hombres. Unos van con la estúpida tranquilidad o con la tranquila estupidez con que las reses van al matadero. Otros, con el saludable terror que infunden las leyes penales, cuyo final obligado es el de espasmo por las armas. Otros, en fin, con el valor de la exaltación o con la exaltación del valor, que despiertan el honor militar y el amor patrio.

Si el se desató y mereció su suerte, o más bien su desgracia, no todos se desertan. Hay muchos miles de hombres que juegan impávidos esa lotería en que las bolas son las balas. Hay otros muchos a quienes importa poco perder un ojo o un brazo, porque la patria agradecida tiene para los inválidos un rancho. ¡Rancho siempre! Pero es muy frecuente la conducta de El.

Ello es que fué a presidio, en unión de sus locos compañeros. O, como antes he dicho, fué a comer el tercer rancho.

Los que escriben de esa ciencia novísima que llaman filosofía de la historia, conceden importancia suma a los alimentos para la suerte o la desgracia. El progreso o el estancamiento de los pueblos. No sé cuánto han escrito acerca de lo que en la historia de la civilización representa el trigo, pero han desatendido el rancho, sin duda porque no comen rancho los filósofos.

Y cada uno de los tres ranchos del Estado, amén de otros que aquí no hay que nombrar, presenta o produce distintos resultados. El rancho del Hospicio lleva en sí algo que parece hacer a los muchachos que lo comen rebotones, traviesos, indisciplinados, propensos a todos los vicios peligrosos de la puerbería y de la juventud, que podrían serles funestos en la edad viril. El rancho del cuartel engendra ideas más alegres: la cantina, el baile, las novias, la taberna, el café, el cané, la carreta, a veces la deserción con la libertad, a veces la libertad con la insurrección. El rancho del presidio parece despertar las tres virtudes togales. Los que le comen, tienen fe en una suya evasión y en que no han de morir hasta cumplir su condena, aunque sea de muchos años; esperan en recobrar su libertad, aunque sea reclusión perpetua, pues hay indultos, rebajas y otros cienmillos más o menos sólidos, más o menos afros, para su desesperada esperanza; caridad solidaria por el infortunio, para compartir aunque sea un panecillo o un cigarro el día en que por dicha—hay dicha hasta en presidio—se posea un poco de tabaco o un poco de pan.

El comió el tercer rancho, y siguió engordando. Eso sí; adquirió cierto colorido que no conocen los que no están en autos. El rancho de los presidios llega a comunicar su color a los que lo comen algún tiempo. Pero es rancho que muy pronto había de perder.

Un día, aquellos descontentados confinados se quejaron—es cosa muy frecuente—de la mala calidad del rancho. ¿Quiéren que vaya Lhardy a servir a criminales?... Se quejaron, pero siempre hay uno que habla, o grito, o pague, a nombre de los demás. El que tiene alguna reputación debe justificarla. El la tenía de andar, y fué cabeza de motín, como si dijéramos, jefe de insurrección.

Que cuando los molinos se sofocan, y abortan las insurrecciones, el jefe debe tener la mayor pena. El fué condenado a no sé cuántos palos.

Formaron los confinados en el patio, que debía barrer con una escoba, para presentar más al descubierta sus espaldas. Dos cabos, tan fuertes como sus sendas varas, cumplieron la sentencia. No sé si le daban los palos que le debían dar. Creo que en presidio no habrá tener de libros para contar el número de palos... Terminaron su misión, y fué llevado a la enfermería. Unas incisiones, hábilmente practicadas y unas lociones de vinagre y sal, suelven curar estas dolencias.

Pero El no curó. Murió. El médico certifió que había muerto de una pulmonía. Quizá fuera traumática. Yo creo que se le había indigestado el tercer rancho.

Ahora, quien quiera saber quién era El, debe comprender que era cualquier ser abandonado.

En los libros de la inclusa y del hospicio y de los hospitales, en las filaciones del cuartel, en las partidas de defunción de los presidios, puede hallarse su nombre.

Ese es El.

Luis COLL

Don Justo María Zabala

Ha muerto este hombre enérgico, honrado, cuya larga vida podría condensarse en estas dos frases:

«Amó la libertad con verdadera pasión, y trabajó y sufrió mucho por ella.»

«Odió con el odio sano de los fuertes al carlismo, y en todos los momentos y desde todos los puestos que ocupó, lo combatió sin trégua.»

Sus hijos pueden envanecerse de haberlo tenido por padre, los liberales por compañero y los republicanos por correligionario.

UTÓPICO

Se trata de construir una sociedad abolicionista de las corridas de toros.

¡Abolir las corridas de toros en España! ¿Cómo! ¿Nos vamos a volver locos? ¿Es posible soñar semejante disparate?

No, no tema la afición no teman empresarios y toreros; esa sociedad abolicionista fracasará, y por muchos y muy poderosos que sean los medios que ponga en acción contra las corridas de toros, la fiesta nacional saldrá triunfante; se salvará como se salva aquí todo lo malo, lo nocivo, lo inú-

til, lo que estorba, lo que nos tiene atados a la cola de las naciones civilizadas y hace que marchemos a la cabeza de la barbarie.

Aun cuando las costumbres de un pueblo pudieran modificarse por medio de un real decreto; aun cuando los más interesados en que el pueblo español sea como es, llevarán a la Guaca el decreto prohibiendo las corridas de toros, el gran fondo de ignorancia y de incultura que existe en todas las clases sociales había de imponerse, y aquel decreto sería letra muerta, como otros muchos, como las circulares de Silvela, por ejemplo, recomendando a los Poncios la mayor legalidad en las elecciones...

Merece aplausos entusiásticos, alabanzas y plácemes de los hombres de recto sentir y pensar, la iniciativa de los amigos de la cultura nacional que, viviendo en el mejor de los mundos, han creído posible acabar con el espectáculo que más divierte a nuestro pueblo, único en el que suele dar muestras de gran energía, de carácter indomable; pero pretender acabar con las corridas de toros dejando en pie todo lo que ha contribuido a fomentar la afición a aquéllas, lo tenemos por el mayor de los disparates.

Mientras las clases directoras carezcan de paladar moral; mientras en la masa de arriba hagan la ignorancia y el egoísmo más estragos que en la masa de abajo; mientras políticos de oficio, interesados en conservar el actual estado de cosas, aun a costa de los intereses más sagrados de la civilización, sean los amos de España; mientras más de la mitad de los españoles sean analfabetos, habrá corridas de toros, aumentará la afición en vez de disminuir; porque ese espectáculo, en cuya abolición se sueña, es nuestra enfermedad, sino un síntoma; no es la causa del mal, sino uno de sus efectos; no es un germen, sino un fruto sazonado de la planta con tanto esmero cultivada en nuestra patria por gobernantes ineptos, inmorales, egoístas y malvados.

Aquí donde no se ha movido una moseca al hundirse en el mar lo que se llamaban nuestras escuelas; aquí donde ante el desastre colonial todo el mundo ha permanecido tranquilo en su casa; aquí donde nada de lo malo es imposible y pueden hacerse todo impunemente los que gobiernan hoy y los que gobernarán mañana, no sería difícil que el pueblo, que no se ha sublevado ni por la libertad, ni por la honra de la patria, ni por su propio decoro, ni por las exigencias de su estómago, hiciera otra gloriosa si se prohibiesen las corridas de toros. Y ante ese peligro, no tan ilusorio como pudiera creerse, se cuidarán muy mucho de decretar tal prohibición nuestros gobiernos.

Además, ¡hay alguien que tenga mayor interés que éstos en que subsista la barbarie!

Para que baje el torero es preciso que suba el maestro de escuela. Son los dos platillos de la balanza, y no es lícito forjar ilusiones sobre en cuál de ambos platillos arrojan siempre su espada los Breños de la monarquía borbónica, los protectores de toda barbarie, de toda inmoralidad, de todo lo nocivo a la salud de España y de los españoles.

Por eso creemos utópico pensar en la abolición de las corridas de toros.

PERIS MORA

NI EN EL RIFF

El día 29 de Septiembre último, fecha que recordaba un acontecimiento glorioso y el triunfo de la libertad sobre la tiranía y la mogigatocracia de una camarilla corrompida, y cuando el sol tocaba a su ocaso, me acompañaban varios amigos dirigiéndonos a las afueras de Roquetas, conduciendo el cadáver de un niño, sobre el que la bestia negra de la reacción lanzó tremendo anatema por no pertenecer al mauso rebaño con cuya sangre se nutre, con cuya lana se viste, con cuyo sudor se alimenta.

El ayuntamiento de Roquetas, que se ha ciscado en la ley y reales órdenes de 1872 y 1883 no construyendo el cementerio civil que debe haber en todo pueblo de la nación española; ese ayuntamiento que para eludir las leyes pre-texta la escasez de recursos, mientras subvenciona funcioncitas paganas contrarias al espíritu del cristianismo y entrega cantidades a monjitas a pretexto de caridad; ese ayuntamiento que mira impasible el robo inicu que se hace a las clases trabajadoras con pesas y medidas y tolera la defraudación en la matrícula industrial, ordenó la inhumación del cadáver de aquel niño a espaldas del cementerio público, ó católico, ó romano, ó cartaginés, ó lo que sea, en un sitio hollado por manadas de ovejas, cabras y cerdos, al lado de un camino carretero, en donde la sepultura se halla expuesta a la profanación y al pisoteo.

Los sentimientos católicos del ayuntamiento de Roquetas no han podido expresarse mejor: el cadáver de un niño de 20 meses podía corromper las costumbres ó contaminar a los buenos cristianos enterrados en el cementerio público, y ordenó se le inhumara allá, en un lugar hollado por manadas de ovejas, cabras y cerdos, al lado de un camino carretero, en donde la sepultura se halla expuesta a la profanación y al pisoteo.

El cadáver del niño bajó a la tumba

en el momento mismo en que el sol, como avergonzado de presenciar semejante escena, después de haber presenciado hacia 31 años los hechos épicos de los héroes de Alcañices, se cubría con espeso cenital de rojas nubes y descendía al lado allá de las montañas para prestar su luz y su calor a pueblos más dignos y civilizados.

Después... la tierra cubrió los restos del que fué mi hijo querido, el hijo de mi alma, el pedazo de mi corazón, y nos dirigimos silenciosamente al pueblo, volviendo yo la cabeza a cada paso para contemplar aquella pequeña tumba solitaria, abierta por disposición de la autoridad en un terreno hollado por manadas de ovejas, cabras y cerdos, al lado de un camino carretero, expuesto a la profanación y al pisoteo.

IGNACIO RODRÍGUEZ ABARRÁTEGUI
Roquetas (Almería) Octubre 1900.

Querido Abarrátegui: Lloro con usted la muerte de su hijo, y admiro la entereza de su carácter, que acepta los hechos como son y no pierde el tiempo en vagas declaraciones.

El acto de salvajismo ejecutado por esas autoridades indignas, ofende todos los sentimientos honrados, y contribuye a despertar ideas que algún día se llevarán a la práctica. ¡Y entonces el recuerdo de la venganza tomada en los restos de ese pobrecito niño, avivará el coraje de los buenos!

Hay justicia que el acaso se encarga de cumplir. En España los partidarios de Cristo niegan sepultura a los niños sin bautizar, y en China son inmolados a millares los bautizados; todo con la permisón divina.

Los inexorables hacen inexorables, y el tiempo da gusto a todos.

Esperemos, amigo Abarrátegui.

El célebre folleto de Moyrón, *Algo huele a podrido*, produjo al fin su efecto. Veintidós diputados provinciales acaban de ser suspendidos en su cargo, pasándose a los tribunales el tanto de culpa.

Entre los nombrados de real orden para sustituirlos, debería haber ido Moyrón; así hubiera podido ayudar al saneamiento de todos los rincones sucios de aquella santa casa.

Pero ya que no, sus electores, los que le dieron el voto que le fué birlado, piensan manifestarle en un acto público el aprecio en que tienen su valiente campaña.

Felicito a Moyrón por haber merecido la honra que sus electores les dispensan.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a El Motín.

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTIN, por El Motín. Con láminas.

LA INFAMIA DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO. Discurso del obispo Sirostreny.

JUANA LA PAVERA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONTE SECRETO, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS.

LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.

CARTAS DE TAYLORLAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TAYLORLAND al Papa Pío VII.

POESÍAS HISTÓRICAS, por autores renombrados, recopiladas por El Motín.

LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES DE LOS JESUITAS, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORCOSCÓPICAS DE LOS JESUITAS, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

Ó CATECISMO DE DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LA SEXTA Y SIETE CÉLESTES PRESENTAS DE ZAPATA. Dirididas a una junta de doctores, por las cuales fué quemado en el alfilerado en 1851.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... chivón, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Don Jacobus»).

LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Idem.

LOS MEJORES ACOTROS PLACIDOS, por El Motín.

OBRA Y AMAR, por Idem.

GUANICAN DE CERAS, por Idem.

Valera y la Inquisición

«Ahora acaba de contarnos Valera que el Santo Oficio fué una institución amplia, generosa, humanitaria, tolerante y liberal» dice A. Calderón en un artículo reciente saturado de la más culta ironía, en cuyo final se leen estas dolorosas frases: «Pero este género de apologías, sobre oscurecer y desfigurar la historia, privando así a la vida de las lecciones de su maestra, contribuyen a fomentar la regresión atávica, a que está inclinado aquí el espíritu nacional.» Ciertamente, por eso, a ese analfabeto espíritu apremia hablarle tan claro que hasta los destripaterrones lo entiendan; sí, es menester acorralar esa bestia y lancearla en lo más vulnerable.

Para hacer boca ahí van esas elocuentes líneas de un historiador eclesiástico. «No se confronta a los acusados con los testigos, y no hay delator que no sea escuchado; un criminal, un niño, una cortesana, son delatores graves. El hijo puede depone contra su padre, la esposa contra su marido, el hermano contra el hermano; en fin, el acusado está obligado a ser su propio delator, de adivinar y confesar el delito que se le imputa, y que con frecuencia ignora.» Hay que arrojar a los públicos azotes de los que tienen en algo el amor a los más desventurados de sus semejantes, que ese tribunal de verdugos, pisoteando el espíritu de las leyes canónicas que se opone al tormento, usaba el de la cuerda de esta suerte: atando con una cuerda los brazos del presunto reo a la espalda, para alzarle en el aire por medio de una polea y dejarle caer en seguida bruscamente casi hasta el suelo, de manera que la violenta sacudida dislocase sus articulaciones. Este tormento duraba una hora y alguna vez más; del agua, de esta otra: los verdugos acostaban

a la víctima sobre un caballete, especie de banco cóncavo que se cerraba sobre él y le comprimía tanto como se quería. Los riñones descansaban sobre un larguero transversal y la espina dorsal no tenía apoyo. El verdugo, comprimiendo la nariz del paciente, acostado en esta horrible postura, vertía lentamente en su boca una cantidad determinada de agua. Parece que se tenía cuidado, preliminarmente, de introducir en la garganta un trapo fino y mojado cuya extremidad recubriese las narices, a fin de que el agua filtrase más lentamente; y el del fuego así: «El acusado, atadas las manos, era acostado de espaldas; sus pies, previamente frotados con aceite ó con grasa, se suspendían sobre una estufa ó calentador ardiendo.»

«Al principio, añade el autor de las espantosas descripciones citadas, un acusado podía ser sometido hasta tres veces a la una ó la otra de estas crueles pruebas; la primera para la declaración del hecho, la segunda para manifestar la intención y la tercera para la denuncia de sus cómplices. Una decisión del Consejo de la Suprema prohibió aplicar más de una vez el tormento al acusado; pero los inquisidores encontraron medio de eludir esta prohibición, considerando cada aplicación del tormento como partes de un solo interrogatorio, y declarando cada vez que el tormento se suspendía para ser continuado más tarde.»

Y para que se vea que no es nuevo en mí, negar el fuego y el agua a esa imbécil regresión, reproduzco este artículo que hubo de publicar hace algunos meses con cosas del *Heraldo de Madrid*: «No satisfecho ese incomparable rotativo con haber cantado las excelencias cultas, tolerantes y humanitarias del carlismo remozado; con haber tenido el envidiable honor de enviar uno de los suyos a encanchar con respetuosa atención el evangelio, es decir, la buena nueva carlista de los muy augustos labios del eterno pretendiente; de tachar cuasi de político imbécil a Carlos III por haber expuesto a los jesuitas; de hacer chacota del libertador insignie de las Cabezas de San Juan; de aplaudir su tan cruento martirio; de pedir que se arranque del sitio de honor que ocupan en el nacional Congreso los nombres muy ciertamente gloriosos de Riego y de Quiroga, sin duda, aunque no lo dice, para llevarlos a las gemonías, y de haber asegurado que es menester que se imponga el despotismo al ejército, nos viene ahora con una absoluta apoteosis en extremo calurosa de las mil veces fatal centuria decimosexta, en que el inquisitorial tigre hizo presa en varones tan ilustres y ortodoxos como Arias Montano, Melchor Cano, Carranza, fray Luis de León; fray Luis de Granada, Juan de Mariana, Sánchez de Rozas, y hasta en santos, para valerlos del católico vocablo, como Francisco de Borja, Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús.»

Es entonces cuando con más ahínco las más viles muchedumbres acuden, cual las carniceras bestias a la carne muerta, a los humanos martirios, que presidían los príncipes, las damas, los caballeros, los nobles y los magistrados de remembranza sublime. En esa infeliz centuria es cuando el inmortal Loyola arrojó a la luz el monstruo de innumerables cabezas que renacen a medida que se cortan, y en que ese Nerón hispano, Felipe II, hubo de exclamar así en un auto de fe horrorosamente famoso: «y si mi hijo fuera hereje, yo mismo llevaría la leña para quemarle.»

Para terminar, diré que la Inquisición moderna, que es, seguramente, a la que se refiere el apologistas dicho, quemó durante sus primeros diez años 3.800 personas vivas y 6.500 muertas, ó en efigie, lo que ha hecho decir a un historiador estas elocuentes frases: «De 1480 a 1498 España entera humeo como una hoguera; y que no me sorprende que el moderado unionista revolucionario de Septiembre, y embajador durante el actual régimen cerca de la Santa Sede, muestre en historia la ligereza que sus políticos saltos nos ponen de manifiesto.»

J. DE LA HERMIDA.

«Será un sueño y una tontería considerar a los hombres como hermanos, pero es un crimen y un sarcasmo hablar de fraternidad ó de revolución ó de libertad, en tanto que la verdad varíe de cara según las latitudes y las fronteras.»

Luis MOROTE

CELEBRE CONFERENCIA

DE

M^{rs}. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de El Motín, 15.

DE VARIOS

Es cosa convenida por todos los observadores, desde que el rey salmista dijo *Todo hombre es embustero*, hasta el misántropo que dijo *Todo hombre es malo*, que la humanidad en general es muy viciosa, y que los pueblos son receptáculos de pecados capitales. Por esta razón todos hemos tomado nuestro partido y miramos a nuestro vecino con tal desconfianza, que ponemos celosías a nuestras ventanas para ocultarle nuestra mujer, y cerrojos a nuestras puertas para ocultarle nuestro dinero.

El que quiera estar bien con todo el mundo, procure no dejarse engañar

nunca, pero finja que se deja engañar siempre.

No se juzga bien y con prudencia de las acciones de los demás, sino colocándose en el terreno en que estuvieron y considerando su determinación con los mismos pensamientos que ellos debieron tener.

Las gentes se comueven mucho más por un hecho físico que por uno moral. Los huesos rotos, la vista de la sangre, hacen desmayarse a muchas personas que se reirían de un dolor profundo del alma.

Arrebatad al ladrón el bolsillo que acaba de robar, y furioso gritará: ¡que me roban! ¡ladrón! ¡ése!

No se hace nunca tanto mal, como cuando se hace para vanagloriarse de haberlo hecho.

¡Cuántas veces nos avergonzaríamos de nuestras bellas acciones, si el público viese los motivos íntimos que nos han llevado a ejecutarlas!

«Varios sabios reunidos» incurren en más errores que un solo hombre que medita en el silencio de su gabinete. Es de esperar muy poca luz de esas reuniones científicas que sólo sirven para evidenciar sus contradicciones.»

«Cuando Dios quiere que surja una gran necesidad, inspira la idea de crear una junta de sabios.»

Las ideas tienen su genealogía, como los hombres; pero al revés de la aristocracia, es tanto más gloriosa cuanto más corta, porque el genio se enorgullece con justicia de no tener antepasados.

La virtud no daría jamás un paso si la vanidad no la acompañara.

En España la gente comienza por indignarse de los abusos y concluye por reírse de ellos, ó por considerarlos irremediables; lo cual hace que lo sean.

Los caracteres tristes de suyo, ó entristecidos y amargados por injurias de la suerte, son generalmente los que cultivan el *humorismo*. El chiste es la lágrima de los ojos que no lloran...

Nada desprestigia tanto las leyes civiles, como una injusticia cometida sin infracción de ley alguna.

Hay hombres que no retroceden delante de una falta, siempre que les produzca un buen resultado, y que se burlan del vicio cuando no causa más que perjuicios materiales.

Por bien que uno hable una lengua extranjera, cuando se trata de blasfemar ó echar maldiciones, usa siempre la suya.

Como la melancolía tiene necesidad de alimento, un hombre prudente se guarda bien de alimentar a este enemigo que, demasiado hambriento, devora a su víctima.

¡Cuántas traiciones, bajezas y vanidades ha hecho cometer a los hombres el temor de pasar por tontos, temor sin el cual acaso hubieran sido honrados y buenos!

Los aplausos de las muchedumbres inconsistentes suelen ser el silbido de la conciencia humana.

La venganza es contraria a la humanidad, por más que parezca conforme a la justicia.

Tenemos tan poca seguridad en nuestros juicios, que el aplomo de un tonto nos deja algunas veces suspensos.

Toda acción loca ó prudente es preciso ejecutarla, con valor ó abstenerse de ejecutarla.

El mundo exige continuos fingimientos, y, bajo pena de oprobio, nos manda obedecer sus convencionalismos.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

¡OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a El Motín, 50 céntimos.

MADRID—IMPRESA, ENCARNACIÓN, 4.